

Callejón del Gato

Leni, Etti, Dios y los dioses

José Ramón Enríquez

Del lado de la calle que lleva su nombre, en las bellísimas arquerías de la Plaza Mayor, cerca del lugar en donde aguardan los espejos del Callejón del Gato, está una tienda de sombreros llena de infinidad de historias contradictorias. Convive el sombrero cordobés con la boina vasca o la gorra descarada del chulo madrileño hace voltear para otro lado al birrete escandalizado de un curilla rural. Y en medio de todo, por sus fueros, los quepis, las gorras y los cascos militares nos recuerdan que, compañera inseparable de la evolución humana, ha sido la guerra y que la guerra, en algún momento de todos sus horrores, pretende ser hermosa, parecerlo, seducir y volver hermosísimos a los mismos celebrantes suyos que retornarán guñapos, física y moralmente, si retornan.

Alguna vez ahí, por los últimos sesenta, vi una gorra de las *Waffen-SS* nazis, con la brutal Totenkopf, una calavera que me miraba aún viva desde su historia ya muerta, cosida sobre terciopelo negro, debajo del águila oficial y sobre el barboquejo plateado y una brillante visera. Supongo que era de colección y no sé si esté ahí todavía, medio siglo después, pero ahora me sirve para convocar a dos mujeres distintas entre sí y unidas por la guerra en sus polos opuestos: Leni Riefensthal y Etty Hillesum.

La primera, cineasta genial de la parafernalia nazi, vivió cien años. De la segunda hace muy poco se descubrieron sus *Diarios* y murió en Auschwitz el 30 de noviembre de 1943, antes de cumplir 30 años. Leni, alemana, se llamaba Helene, y Etti, holandesa, se llamaba Esther. Nunca supieron Leni y Etti una de la otra y sin embargo estuvieron frente a frente en la mayor tragedia del siglo XX.



Etty Hillesum

Recuerdo ahora aquella gorra con su Totenkopf mirándome, porque el neonazi Norbert Hofer acaba de perder las elecciones, por una nadita, en Austria y austriaco era Hitler. Esa nadita permite a Europa respirar tranquila unos cuantos meses más y, con Europa, al mundo, porque cuando hay guerra en Europa, hay guerra mundial.

Comparo dos miradas, la de Leni Riefensthal hacia Hitler y su entorno para el Congreso del Partido Nacionalsocialista de 1934, plasmada en la literalmente espectacular película *El triunfo de la voluntad*, y la de Etty Hillesum hacia Dios, muy dentro de sí misma, plasmada tímidamente con la inseguridad y los balbuceos de quien escribe un diario en medio del desastre.

Soldados, hombres fuertes, jóvenes, adolescentes, niños como los *boy scouts* o los pioneros rojos. Bellísimos todos, los de Leni Riefensthal. Una orgía de belleza alemana, lo más selecto para entregar al Führer, para entregar a ¿Dios..? En la cinta, Rudolf Hess grita: “Mi Führer, usted es Alemania. Cuando usted actúa, la nación actúa. Cuando usted juzga, el pueblo juzga”. Y aquí incluye Leni una dulce sonrisa de Hitler, ¿la sonrisa angélica del enviado divino? Aquel a quien grita Goebbels: “Pue-

de ser bueno tener el poder basado en las armas, pero es mejor y más jubiloso ganar los corazones del pueblo para siempre”. *In saecula saeculorum*. ¿O Dios estaba en Ámsterdam, se llamaba Etty Hillesum y llevaba una estrella de David cosida en su vestido a la espera del tren que iba a crucificarlo en Auschwitz? ¿Qué dios es Dios: el guerrero hermoso o el inerme aterido?

Yo pienso: Dios mío, qué miedo me causan los fuertes. Leni los inmortaliza y Etty tal vez ni siquiera los vea.

No es verdad. Sí que los ve y escribe en su diario cuando aún puede hacerlo: “Por formularlo ahora de forma muy cruda —lo que probablemente haga daño a mi pluma estilográfica—: si un hombre de las SS tuviera que darme una paliza hasta la muerte, yo levantaría todavía los ojos para mirarle a la cara, y preguntaría, con una expresión de estupefacción mezclada con miedo, y por puro interés respecto a la humanidad: Dios mío, muchacho, ¿qué cosa tan terrible te ha ocurrido en la vida que te empuje a tales acciones?”

En la hipnótica película de Leni, Goebbels grita: “¡Un pueblo, un Reich, un Führer! ¡La guerra total!”. Después, Hitler pronuncia el discurso que hizo famoso Charles Chaplin en otra obra maestra, *El gran dictador*. Pero Etty no es Paulette Goddard y no puede levantar la cabeza: la gasearon en Auschwitz al mismo tiempo en que crucificaban a Cristo en el Calvario.

Etty escribió: “Algo se me hace cada vez más evidente: que Tú no puedes ayudarnos, sino que somos nosotros los que debemos ayudarte a ti. Lo único que podemos salvar de estos tiempos, e incluso lo único que verdaderamente cuenta, es un pedacito de ti en nosotros mismos, Dios mío”. **U**